

3.- Algunas observaciones sobre el poder desde Tolkien y Lewis

Ernesto Martín Reche

En la novela de Tolkien "El señor de los anillos", se relata, principalmente, las aventuras del joven Frodo Bolsón, un hobbit de la comarca. Frodo se ve arrastrado a un largo viaje a lo largo de la tierra media cuyo objetivo último es destruir un anillo mágico de terrible poder que fue creado, mucho tiempo atrás por el señor oscuro Sauron y que es un poderoso instrumento mediante el cual un hábil hechicero puede lograr dominar el mundo, mientras que aquellos menos poderosos que empleen el anillo sólo obtendrán de él la curiosa habilidad de hacerse invisible. A lo largo de este viaje por la tierra media, Frodo, se encuentra con un variado número de criaturas, algunas amigas, que le ayudarán en su camino, y otras enemigas, que tratarán de hacerle fracasar.

Entre los muchos enemigos que Frodo encuentra en su camino se hallan principalmente los Nazgûl, espectros que un día fueron hombres pero a los que el poder del anillo único ha corrompido hasta convertirlos en meras sombras sin verdadero cuerpo físico.

Y también Saruman, un poderoso hechicero que ansía el poder del anillo y que no duda en traicionar a sus antiguos amigos y emplear todas las artes que están a su disposición, creando de paso una nueva raza, mezcla de hombres y orcos que le ayuden a alcanzar sus propósitos. Finalmente está Sauron, el señor oscuro, forjador y dueño del anillo único cuyo deseo es dominar el mundo y esclavizar a todos los pueblos libres bajo su yugo.

El anillo llega a Frodo por casualidad, como una herencia familiar y nadie sospecha su verdadera naturaleza. Sin embargo las indagaciones del hechicero Gandalf revelan que este anillo no es otro objeto mágico más, sino el anillo único, cuyo poder es capaz de esclavizar el mundo. La única opción que se le presenta a Frodo es destruir el anillo para que este no caiga en manos del señor oscuro. Finalmente, y con la ayuda involuntaria de una criatura llamada Gollum, Frodo logra llegar hasta el monte del destino y arrojar el anillo a sus fauces, destruyendo para siempre la esencia del señor oscuro y desterrando tan terrible poder del mundo.

Su amigo y compañero literario Lewis narra, en "Esa horrible fuerza", la historia, aparentemente menos épica, de un matrimonio. Jane es una mujer moderna, con estudios superiores, casada con un brillante sociólogo, Mark, que escala posiciones en el Bracton College y con una vida acomodada que cualquier persona de este siglo podría desear. No obstante algo falla en la bonita fachada de su hogar. Su relación con Mark es cada vez más fría y distante, no logra concentrarse en sus estudios y ha comenzado a tener extraños sueños premonitorios. Al mismo tiempo en la vida de Mark aparece Lord Feverstone, un individuo que le ofrece trabajar para el I.N.E.C. (Instituto Nacional de Experimentos Coordinados), un lugar donde, aparentemente, se encargan de realizar avances tecnológicos

y científicos en pro de la nación (y por tanto de la humanidad); al menos esa es la idea que tiene Mark cuando decide acompañar a Feverstone a conocer a sus nuevos patrones.

Mark se ve envuelto, poco a poco, en la extraña trama de falsas apariencias y grupos secretos que conforman el I.N.E.C. donde se trabaja, en realidad, para lograr el “hombre inmortal”.

Partiendo de la idea de que el cuerpo puede ser mejorado mediante las máquinas y que la mente del hombre puede mantenerse viva eternamente, los científicos del instituto, han recurrido a la tecnología para crear al “superhombre” una mente sin cuerpo a la que se mantiene con vida de forma artificial.

Jane, mientras tanto, redescubre la amistad de unos viejos amigos y conoce al doctor Ramson. Mientras Mark está en el instituto, Jane, decide quedarse a vivir con estos amigos y descubre que todos ellos forman parte de un grupo secreto encargado de luchar contra las maquinaciones del I.N.E.C. Poco a poco, Mark, descubrirá que el instituto no duda en emplear cualquier medio con tal de alcanzar su ansiado fin, esto es, una humanidad libre de las ataduras del cuerpo, y que en pro del bien del hombre son capaces de torturar e incluso asesinar. Por su parte Jane decide tomar partido, y emplear sus sueños premonitorios, al servicio de su grupo de amigos dirigidos por el doctor Ramson.

Finalmente Mark logra escapar de los restos del instituto y encontrarse con su esposa para, juntos, comenzar su matrimonio con una nueva perspectiva.

En ambas novelas aparecen varias ideas muy relacionadas entre sí que, tanto Tolkien como Lewis, tratarán en la mayoría de sus obras filosóficas y literarias.

La cuestión de fondo que relaciona ambas obras es la idea de que la ciencia posee una visión parcial, o sesgada, de la realidad. En muchos aspectos la ciencia es la magia del siglo XX y XXI pues al igual que aquella, la ciencia pretende adaptar el mundo a los deseos del hombre. A este propósito Lewis cita las palabras de Bacon, que condena a los que valoran el conocimiento como un fin en sí mismo comparándolos con alguien que usaría a una señorita para obtener placer en lugar de una esposa para obtener frutos¹. Es decir, el verdadero objetivo de la ciencia debe ser extender el poder del hombre sobre el mundo que le rodea, para poder realizar cuantas más cosas mejor. Por ello Lewis afirma que la ciencia moderna olvida el todo cuando habla de las partes. La búsqueda por la satisfacción de los pequeños deseos nos hace perder de vista los mejores logros.

La ciencia, como herramienta que manipula el mundo, es muy efectiva, sin embargo para poder transformarlo es necesario haber sesgado primero el conocimiento de la realidad. Para poder emplear la madera de un árbol como combustible antes es necesario verla como tal, no como parte de un ser vivo, ni como una parte de la naturaleza sino sólo como combustible. O, si alguien quisiera estudiar su composición no es necesario que tenga en cuenta su papel como hábitat natural de multitud de seres vivos, pues sólo le interesaría las partes que componen el árbol. En resumen la misma ciencia que permite manipular la realidad, impone, hasta cierto punto, una parcial visión de aquello que es su objeto de estudio.

No obstante, las críticas de Lewis en “La abolición del hombre”, se dirigen a las bases mismas de la ciencia: al ideal ilustrado de racionalidad exenta de supuestos y la autodeterminación racional. En estas dos ideas se fundamenta el monopolio de la concepción

¹ Avance de la educación, Libro I (pg 60 en Ellis y Spedding, 1905; pg. 35 en Everyman Edition).

científica de la naturaleza, y de el parten los abusos de la ciencia. Cuando, en algunas ocasiones, se plantea que la ciencia posee la única razón válida, en realidad es despojada de las únicas herramientas efectivas para reflexionar sobre sí misma. La crítica de Lewis y Tolkien va dirigida precisamente a que si la razón no posee supuestos fundamentales de los que partir, cuales son los parámetros a seguir al aplicarla.

Al pensar que la razón es superior, por estar libre de supuestos, y por tanto debe ser la guía del avance del conocimiento se comete el error de soltar los mandos de la ciencia para que esta navegue sin más rumbo ni destino que el azar, y que en muchas ocasiones, se oculta con la palabra “progreso”. Es habitual que todos los descubrimientos científicos se califiquen como “avances”, sin una reflexión previa sobre su verdadera repercusión, Lewis y Tolkien no son detractores de la ciencia, sólo defienden una adecuada reflexión sobre el camino que ésta sigue.

En esta visión de la ciencia sobre el mundo es en la que se fundamenta el razonamiento de Lewis a la hora de señalar una instrumentalización de la naturaleza. En *La abolición del hombre*, el autor irlandés argumenta que, pese a los muchos beneficios de la ciencia, no hay que dejarse engañar por la falsa idea de que el hombre, en sentido abstracto, domina la naturaleza: “Lo que llamamos el poder del hombre—dice—es, en realidad, un poder que poseen algunos hombres, que pueden permitir o no que el resto de los hombres se beneficien de él”² y, especificando un poco más su postura, aclara, “la conquista de la Naturaleza, si se cumple el sueño de ciertos científicos planificadores, resultará ser el proyecto de algunos cientos de hombres sobre miles de millones de ellos.[...] Todo poder conquistado por el hombre es también un poder ejercido sobre el hombre”³. Lewis no se refiere a unos pocos abusos menores, por parte de un grupo de científicos, que monopolizan el conocimiento de alguna forma, pues esto, si es que existiese en realidad, podría llegar a solucionarse buscando mecanismos de control más eficientes. A lo que Lewis está haciendo referencia es a la mentalidad subyacente a todo progreso científico, a la idea de “este es un avance para el hombre” cuando en general sólo logra un distanciamiento entre los que pueden acceder a los nuevos logros y aquellos que no pueden. El poder del hombre sobre la naturaleza necesita de una reflexión previa a su aplicación, para, de algún modo paliar la limitación que la lente de la ciencia impone sobre la realidad.

La idea de que la ciencia limita la forma de ver la realidad está perfectamente ejemplificada en *El señor de los anillos* cuando el mago Saruman arrasa bosques enteros para construir enormes máquinas de guerra y cumplir así sus objetivos. Esta acción sólo puede llevarla a cabo cuando considera el bosque como un mero recurso. Tolkien se rebela ante esta visión parcial y crea, literariamente, a los ents, unos seres fantásticos con forma de árboles y de gran fuerza que finalmente derrotan al mago Saruman.

La consecuencia de esta visión de la naturaleza es la instrumentalización del propio hombre o, más concretamente, de su cuerpo. Ya que una vez que hemos conquistado la naturaleza lo único que queda por conquistar es el propio hombre, “Una vez dominado nuestro entorno, dominémonos a nosotros mismos y elijamos nuestro destino”⁴.

² *La abolición del hombre*, página 56. Ediciones Encuentro. Madrid 1990.

³ *ibid.* página 59.

⁴ *ibid.* Página 53.

Por ello Lewis defiende que la ciencia tiene una visión descorporeizada del hombre, es decir que el cuerpo del hombre pasa a ser un objeto manipulable por una mente incorpórea.

Esta idea sólo puede sostenerse sobre la premisa de que el hombre está compuesto de dos elementos, uno independiente y ajeno a las leyes de la naturaleza, que sería el verdadero hombre, esto es, aquello que el hombre moderno denominaría "su yo racional" y otro elemento que se rige por las normas de la naturaleza y que está sujeto a las "debilidades" del mundo, que es el cuerpo. Fruto de esta mentalidad son los avances en clonación o las fantasías, cada vez más cercanas a la realidad, sobre los cyborgs. Pues en tanto que la parte física del hombre pertenece a la naturaleza, y no a un estado superior como la razón, es susceptible de la misma manipulación que el resto del mundo.

Más claramente Lewis, en esa horrible fuerza, refleja la consecución de este pensamiento con la explicación de uno de los científicos del I.N.E.C.: "Este instituto... Dio mío, es para algo mejor que ofrecer alojamiento y vacunación y trenes más veloces y la cura del cáncer. Es para conquistar la muerte, o para conquistar la vida orgánica, si lo prefiere. Son la misma cosa. Es para sacar de ese capullo de vida orgánica que resguardó la primera infancia de la mente al hombre nuevo, el hombre que no morirá, el hombre artificial, libre de la naturaleza. La naturaleza es la escalera por la que trepamos y que ahora desechamos."⁵

La conquista de la naturaleza conlleva la conquista del cuerpo humano, por ello, ahora es posible pensar en la realización del mito de Frankenstein o en los cyborgs, es decir, humanos "mejorados" con partes mecánicas, como una posibilidad real y, llevado al extremo, con un mecanismo como cuerpo. Es el pensamiento de que si un brazo, o una pierna, sólo es parte de un hombre como "aquello que sirve para coger cosas" o caminar, entonces puede, y debe, ser mejorado. Lewis plantea que una vez ganada la batalla "contra" la naturaleza el siguiente paso lógico será el propio hombre y finalmente este será libre para hacer de su especie aquello que desee. La cuestión entonces será ¿Quién ha ganado realmente la batalla? ¿El hombre contra la naturaleza? La respuesta que puede encontrarse en Lewis y Tolkien es que "mejorar" al hombre, es decir alterarlo, desde el propio hombre es como tratar de saltar sobre sí mismos con el claro objetivo de llegar al cielo. No se puede afirmar que la perspectiva actual sea la adecuada, de la misma manera que no hay forma de saber si lo que actualmente se denomina "progreso" es una mejora respecto a la situación anterior. Nadie posee los criterios morales correctos para enjuiciar la situación actual y por consiguiente no es posible hipotecar el futuro del hombre en pro de un ideal de progreso, que ni siquiera es claro en la actualidad.

Sobre estas ideas iniciales, la instrumentalización de la naturaleza y la del cuerpo humano, se sustenta su tesis de que la ciencia y la tecnología de unos pocos hombres es una forma de poder sobre las generaciones venideras.

A este respecto, comenta Lewis que cada generación ejercita un poder sobre sus sucesores en la medida en que modifica el medio ambiente, que ha heredado de sus antecesores, y que lega a sus descendientes. Pero no es esta la crítica fundamental que en La abolición del hombre quiere transmitir, sino otro aspecto, que también ejerce, de manera mucho más directa, este poder. Me estoy refiriendo a la eugenesia, el poder de manipular

⁵ C. S. Lewis, "Esa horrible fuerza", página 232, Ediciones Encuentro, Madrid, 1994.

al ser humano antes del nacimiento. Esta técnica, cada vez más empleada, es una forma de control de la actual generación sobre las venideras. Lewis argumenta que, debido a la visión parcial que posee la ciencia, manipular las capacidades del hombre puede redundar en un empobrecimiento del ser humano. Obtener algunas capacidades especiales a corto plazo puede significar perder la adaptabilidad inherente al hombre. Si dotamos al hombre de alas, dice Lewis, estaremos condenándolo a vivir en el cielo. En la novela de Tolkien, Saruman, el mago, sólo se puede plantearse la idea de cruzar orcos y hombres, si previamente considera al hombre como un mero instrumento más de la naturaleza, susceptible de ser usado y mejorado.

La cuestión que los dos literatos quieren plantear es el objetivo de crear algo más que el hombre. Sin embargo la pregunta que ambos se hacen es: “¿Ese nuevo hombre es algo superior o sencillamente algo tan infrahumano que ya ni siquiera podemos calificarlo como hombre?”. O dicho de otra forma. ¿De dónde proceden los parámetros bajo los cuales avanzamos hacia una mejora del hombre? La respuesta a esta pregunta no es, desde luego, el “superhombre”, sino transformar el actual concepto de hombre para poder entenderlo como una parte integrante de la naturaleza y, a su vez, como un todo indisoluble en químicas sustancias. O dicho de otra forma, no debemos entender al hombre como un compuesto de varios elementos de distinta jerarquía sino como un conjunto equilibrado que necesita de todas sus partes para ser humano.

Creo que la breve explicación de estas cuatro ideas: la visión sesgada de la ciencia, la instrumentalización del cuerpo y de la naturaleza y el poder de unos hombres sobre las generaciones posteriores, pueden servir para entender un poco mejor algunas de las numerosas cuestiones a las que tanto la bioética actual como la antropología filosófica deben hacer frente.

La idea básica de fondo que he intentado expresar a lo largo de mi exposición es que el error que aportan la ciencia y la tecnología actuales se debe a la visión parcial de la realidad sobre la que estudian o actúan, una visión dualista y sesgada que se consuman en un deterioro del hombre. Cabe concluir con un pequeño fragmento de “Esa horrible fuerza” de C.S. Lewis donde se describe, de forma gráfica, la consecuencia de una visión deshumanizada de lo que debe ser el progreso del hombre:

[...] Era una cabeza (el resto de una cabeza) a la que le habían quitado la parte superior del cráneo y después... después... como si algo hubiera hervido y desbordado en su interior. Una enorme masa que sobresalía del interior de lo que quedaba del cráneo. Envuelta en una materia compuesta, pero muy delgada. Podía verse cómo se contraía. A pesar del temor que sentía, recuerdo haber pensado: “Oh, mátenlo, mátenlo. Pónganle fin a su dolor.” Pero sólo por un segundo, por que en realidad creía que la cosa estaba muerta. Tenía un aspecto verdoso, la boca abierta de par en par y completamente seca. [...] Estaba sujeta sobre una especie de consola, de estante, de pedestal... no sé muy bien qué, y había cosas colgando de ella. Del cuello quiero decir. Sí, tenía cuello y una especie de collar alrededor, pero nada debajo del collar: ni hombros, ni cuerpo. Sólo aquellas cosas colgando. En el sueño, pensé que era algún tipo nuevo de hombre que sólo tenía cabeza y entrañas; creía que los tubos eran sus órganos. Pero pronto, no sé muy bien cómo, comprendí que eran artificiales. [...]

[...] súbitamente, como cuando arranca un motor, le brotó un soplo de aire de la boca, como un áspero y seco sonido raspante. Después otro, y se estabilizó en una especie de ritmo: juff, juff, juff que parecía imitar la respiración. Después ocurrió algo horrible: la boca empezó a babear. Sé que suena tonto, pero en cierto sentido, tuve compasión por aquello, por que no tenía manos y no podía limpiarse la boca. [...] Después empezó a mover la boca, a lamerse los labios. Era como alguien que prepara una máquina para que funcione.”⁶

⁶ C.S.Lewis. “Esa horrible fuerza” Página 237.